



EL MONASTERIO COMO LA ESCUELA DEL OBLATO

Preparación a la Contemplación y a la Misión

Rdo. Padre Abad Alcuin Nyirenda, O.S.B.

Introducción

El título de esta conferencia: "EL MONASTERIO COMO LA ESCUELA DEL OBLATO: Preparación a la Contemplación y a la Misión" está inspirado a la frase conclusiva del Prólogo de la Regla donde San Benito dice "Vamos a instituir, pues, una escuela del servicio divino" (RB Prólogo: 45). Por consiguiente, el monasterio o convento, es una escuela para los monjes, monjas y oblatos. Mientras que los monjes y monjas, que allí viven, disfrutan de esta escuela de una forma directa, los oblatos, en cambio, participan en ella indirectamente.

El tema implica: "La contribución del monasterio, o mejor, ¿Qué cosa puede ofrecer un monasterio al oblato en el campo de la contemplación y del servicio al prójimo (la misión)?" En otras palabras, "¿Qué cosas debe esperar del monasterio un oblato que aspira a participar de esta forma de vida?"

En una discusión, con los oblatos de San Anselmo, en preparación de este Congreso, tratamos de captar el punto de vista del oblato y sus expectativas del monasterio. Nos dimos cuenta que el Oblato ve el Monasterio sobre todo como:

- Un lugar de vida espiritual (de oraciones individuales y comunitarias)
- Un lugar de privacidad, silencio, calma, descanso, paz (la 'Pax Benedictina')
- Un lugar de unidad con la Comunidad
- Un lugar para personas de fe, esperanza y amor de Dios (hospitalidad)
- Un lugar donde uno puede ser transformado

Estas visiones y expectativas del oblato, sobre el monasterio, forman parte del lema Benedictino: 'ORA, LABORA et LECTIO' i.e. Oración (que incluye contemplación, liturgia-Opus Dei), Trabajo (servicio-misión) y Estudio (Lectura Divina). En esta charla, trataremos de exponer cómo una vida contemplativa Benedictina puede ser una misión o la misión de una vida contemplativa y su impacto en el oblato.

1. El Yin Yang (la disputa) de la vida Misionaria y la Contemplativa

En la vida del monje o de la monja en la actualidad, se percibe una tensión u oposición entre la vida Misionaria y la vida Contemplativa. cfr. Marta y María:

"Yendo ellos de camino, entró en un pueblo; y una mujer, llamada Marta, lo recibió en su casa. Ella tenía una hermana llamada María, la cual, sentándose a los pies del Señor, escuchaba su palabra. Marta, en cambio, se preocupaba con muchos quehaceres y, acercándose, dijo: "Señor, ¿No te importa que mi



hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude". Le respondió el Señor: "Marta, Marta, te afanas y preocupas por muchas cosas; pero solo una cosa es necesaria. María ha escogido la parte buena, que no le será quitada" (Lucas 10: 38-42).

Estos dos fenómenos parece que se contrapongan o hasta que se eliminen uno al otro. Sin embargo, ambas pueden ser vistas como parte del desarrollo natural de la vida, en un constante rebalancearse.

La vida de Moisés puede ser la mejor ilustración de este equilibrio y del lema Benedictino. En la Tradición Cristiana, la vida de Moisés ha sido siempre vista como la representación de los diferentes aspectos de la vida de un cristiano. Moisés vivió 120 años que se dividen en tres partes:

- 40 años de estudio (socialización e su sociedad) – Lectio
- 40 años de camino en el desierto (su vida privada) – Ora
- 40 años como líder de su pueblo (su servicio) – Labora

Para algunos escritores Bíblicos estas fueron vistas como etapas del desarrollo. Estas tres acciones: estudio (Lectio), contemplación (Ora) y liderazgo o servicio (Labora), implican un empeño importante en la vida:

2. Contemplación, Misión Apostólica y Ministerio

En la Tradición contemplativa Benedictina, los aspectos: comunitario y contemplativo son encarecidamente enfatizados. Estas características con frecuencia conducen de manera natural a varias formas de ministerio, incluso a trabajos misionarios lejos del propio Monasterio.

Quisieramos recalcar algunos aspectos de la vida monástica en los cuales se evidencia la profunda conexión que existe entre la vida misionaria y la vida contemplativa o viceversa. De hecho, la forma en que nosotros lo entendamos afectará el modo en que un monje o una monja comprenderá su propio alcance misionario (ministerio).

Del mismo modo, la forma en que estos aspectos sean interpretados en nuestra misión, apostolado, ministerio o alcance, podría repercutir en la manera de modelar nuestra visión monástica y las expectativas del oblato.

3.0 Aspectos de la vida Monástica: vida Contemplativa y Misión

- Memoria continua del amor de Dios (Contemplación)
- Transformación de las personas, comunidades, sociedades (Conversión)
- Desarrollo de la unidad y la comunidad
- Nutrir la esperanza (un anticipo del paraíso)
- Oración: peticiones y alabanzas (Contemplación y Misión)

3.1 El Monasterio como el lugar donde se recibe el amor de Dios y se hace visible a la sociedad



El concepto mismo de monasterio evoca un memorial de la presencia de Dios en nuestro mundo; del compromiso de Dios con nuestro mundo.

Las grandes hazañas de Dios vienen recordadas a través de: la Lectura de las Escrituras, la celebración de la liturgia (Liturgia de las Horas, los Sacramentos, la Misa) y las pías devociones, ect.

El monasterio como Institución en la sociedad es ya un signo misionario: es bastante visible, ocupa un lugar prominente física y socialmente. Es un monumento a la presencia activa de Dios (la cruz, iconos e imágenes, mosaicos, la Biblia, agua bendita, medallas, candelas, rosarios, etc.).

En la actualidad, los monasterios son constantemente inundados de peregrinos que se presentan a rezar y a visitar las afueras de estos edificios antiguos, las reliquias de sus santos, imágenes santas, etc. ¡Existen también turistas que vienen sólo para admirar algunos monjes y monjas como si fueran una especie rara de museo o de zoológico!

También el oblato es atraído en un principio por el monasterio (la fachada externa), una morada divina donde él o ella se ofre.

Otras señales visibles y aún más evidentes son los mismos miembros del convento o monasterio. Se dice que una vez San Francisco pidió a sus frailes de salir con él a predicar. Cuando sus hermanos frailes se dieron cuenta que habían solamente caminado alrededor del poblado sin hacer ninguna predicación comenzaron a dudar y le preguntaron como era posible que todavía no comenzaban a predicar. San Francisco entonces les dijo que ya habían predicado con el solo hecho de haberse mostrado a la gente.

En verdad, más que la atracción de la fachada externa, un oblato es atraído por la espiritualidad de los monjes (la vida de oración privada y comunitaria), la lectura de las Escrituras (lectio), la meditación, la celebración de la liturgia, los retiros, el recogimiento, la adoración, ect. Les atrae especialmente el participar con los monjes y monjas a la lectura y meditación de la Palabra de Dios, al canto de la salmodia (Maitines, Laudes y Vísperas), así como también a la celebración de la santa Misa y a los sacramentos, tomando parte de la adoración y de las meditaciones.

El mundo de hoy está lleno de ruidos, y por eso el monasterio se presenta como un pacífico oasis de tranquilidad donde es posible contemplar el amor de Dios hacia el mundo. Cosecuentemente, la casa de un oblato debería reflejar la atmósfera del monasterio (con la cruz, medallas, rosarios, imágenes sagradas, la Biblia, la Regla, literatura de espiritualidad, el Salterio, agua bendita, etc.). De este modo la familia del oblato se convierte en una iglesia doméstica, casi una réplica del monasterio o convento.

El monasterio es un ente visible; es la señal de la presencia de Dios en el mundo. Quiénes allí viven tienen la misión de reflejar a Dios en el mundo. El monasterio es una señal evidente de la presencia de Dios; pero la verdadera viva y transparente



señal son sus miembros (monjes/monjas). ¿Más son ellos verdaderamente el símbolo del cielo y del amor de Dios o una señal viviente del odio y del infierno? ¿Los monjes dan muestras de ser realmente monjes? ¿De que forma los monjes y el monasterio con sus celebraciones litúrgicas modelan la visión de Dios para el oblatos? ¿Cómo estas (celebraciones litúrgicas) dan forma a la propia visión sobre su alcance misionario?

3.2 El Monasterio como el lugar donde el Espíritu de Dios transforma la persona

Cuando hablo de transformación quiero decir también conversión. La muerte y resurrección en Jesucristo, iniciada al momento de nuestro bautismo, es la esencia de nuestra experiencia personal Cristiana; cfr. la poderosa imagen del bautismo y muerte con Cristo presentada por San Pablo en la epístola a los Romanos (6:1ss.):

“¿O es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resuscitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva” (Romanos 6: 3-4).

Toda nuestra vida es una continua transformación. Morir a sí mismo para volver a renacer.

Este lenguaje de transformación aparece en un sin número de ocasiones en la Biblia:

“No os conforméis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de vuestra mente” (Romanos 12: 2).

El monasterio es la contra-señal de este mundo. Nuestra vida debe ser conformada a la vida de Jesucristo.

“Por tanto, todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando, de gloria en gloria, en su misma imagen” (2Corintios 3:18).

El texto citado ha sido usado con frecuencia por la Iglesia Primitiva: “Nos vamos transformando”. De hecho, nosotros leemos la Biblia al fin de ser transformados y no sólo para ser informados.

Se trata también de un camino de progresión: “Ellos caminan de virtud en virtud” (Sal 84: 8). Conversión es:

- “Renunciar a las propias voluntades y tomar las armas de la obediencia” (RB Prol.: 3)
- “Retornar a Dios” (RB Prol.: 2.38)

Transformación y renacimiento (renacer) son dos imágenes importantes para el mundo de hoy.

Debemos siempre preguntarnos a nosotros mismos “¿Dónde estamos? ¿Hacia dónde vamos? ¿Qué cosa estamos aportando a la humanidad?”.

El monasterio tiene que ser el lugar donde el Espíritu de Dios opere transforme. Donde uno pueda ver la vida monástica con nuevo espíritu y donde uno pueda



ser revivificado. Estar en el monasterio sin experimentar esta transformación es como meter en el agua una barra de hierro que con el tiempo se oxida y se descompone. ¡Dejémosnos transformar y a la vez transformemos la sociedad y la nación en que vivimos!

3.3 El Monasterio como un lugar de reunión: el proceso de creación de la unidad y la comunión

La comunión sirve a unir los pueblos. La comunión, entre los monjes en el monasterio y entre las monjas en sus conventos, no es simplemente una cuestión práctica, sino que se trata más bien de hacer posible y efectiva la vida diaria.

El mundo está lleno de alegrías que separan y agrupan a las personas según las tribus, las nacionalidades, clanes, grupos étnicos, clubes (miembros solamente), grupos de personas con iguales intereses políticos, familiares, etc. Hay personas que han querido, incluso sacar ventaja mal usando el mito de la Babel, del capítulo 11 de la Génesis en la Biblia, para dividir la gente. Como si Dios aprobase la división. Pero esta es una falsa interpretación de Dios.

La unidad entre los pueblos es el mayor deseo de Dios para el mundo. Cristo rogó a Dios por esta unidad: "para que todos sean uno" (Juan 17: 21). El llamado de Cristo es una invitación para que seamos capaces de ver el mundo en una forma diversa.

San Pablo afrontó el problema de una Iglesia dividida en dos categorías de personas. De un lado los Judíos, que eran los limpios, los puros, los justos; y de otra parte los impuros, los deshonestos, los injustos, los paganos. San Pablo quería erradicar esta división, pero no lo escuchaban. El sabía que Cristo había ya superado esta división de los Judíos: "Para reunir todas las cosas en Cristo" (Efesios 1: 10). Para vivir en paz. "Cristo vino para anunciar la paz a todos" (Efesios 2:11-22).

El Monasterio no debe conformarse a esta mentalidad de división. Todos nosotros somos llamados a la unidad. Como un solo cuerpo, unidos por el amor en Cristo. San Benito, en la Regla, invita en múltiples ocasiones a promover el amor y la unión en la comunidad:

- En el servicio de cocina: "Así se consigue una mayor recompensa y caridad" (RB 35: 2); y "Sírvanse mutuamente en la caridad" (RB 35: 6).
- Distribución según las necesidades: un compartir (RB 34) que va contro el individualismo, el vicio de la propiedad y el egoísmo.
- Los niños y ancianos han de ser tratados con delicadeza y consideración por su edad y fragilidad (RB 37); (cfr. los extremos tras el abandono en las casas de ancianos y la exagerada atención a los niños en Europa).
- Comunión durante las comidas y la recreación (RB 41); (cfr. las divisiones en las familias que dedican mayor tiempo al trabajo, al Macdonald's, a la escuela, a la TV, etc.).

El monasterio debe ser un lugar de intimidad, silencio, calma, paz (la 'Pax Benedictina'), lugar de unidad. Un lugar donde uno pueda ser transformado. El Monasterio es



un lugar para personas de fe, esperanza y caridad divina (hospitalidad). Esto es un gran reto para el mundo del terrorismo, de la división. Del oblatos y su familia se espera que sea unido por este mismo amor y que sea capaz de transmitirlo a otras personas.

3.4 El Monasterio como lugar de Esperanza

“Ecce quam bonum et quam iucundum habitare fratres in unum (¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es que habiten los hermanos juntos en armonía!)” Sal 132: 1.

Esta frase expresa parte de la emoción que deja la experiencia de amor y unidad entre hermanos. Esto es un anticipo del paraíso en la comunidad. Pero si en cambio existe desunión y odio, puede igualmente ser una experiencia anticipada de un infierno sin esperanzas. Un gran número de comunidades han experimentado este tipo de vida celestial en el propio monasterio, Como por ejemplo la Comunidad de Qumran.

En la celebración de la Misa (Comunidad Eucarística) experimentamos que cantar el “Santo, Santo, Santo” es un pregonar, ya ahora, lo que el Señor ha preparado para nosotros.

La esperanza, en la vida del cristiano, es una virtud sumamente necesaria. Esta es el centro de nuestra fe, y por tanto lo es más todavía para la vida religiosa y monástica. “Buscad primeramente el reino de Dios” (Mt 6:33; RB 2:35). En el “Padre Nuestro” decimos: “Venga tu Reino, hágase tu voluntad” i.e. ‘que se realicen todos tus sueños’.

“No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el moho destruyen, y donde ladrones entran y hurtan; sino haced tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el moho destruyen, y donde ladrones no entran ni hurtan, porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”. (Mateo 6: 19-21).

Este capítulo seis del Evangelio de Mateo se presenta lleno de esperanzas en Cristo resucitado; esperanza de que el grande sueño de la creación de Dios haya alcanzado su cúlmine. Se puede ver también “La esperanza viva” de la cual se habla en 1Pedro 1: 3-9.

Estamos llamados a convertirnos en personas de esperanza. El monasterio es el lugar donde se alimenta la esperanza. Son muchas las personas que han perdido la esperanza; que viven desanimados. No encuentran ningún sentido a la propia vida. San Benito dedica el capítulo 66 de la Regla al portero del monasterio y describe como se deben acoger los visitantes (huéspedes):

“El portero ha de tener su celda junto a la puerta, para que cuando lleguen al monasterio se encuentren siempre con alguien que les conteste. En cuanto llame alguno o se escuche la voz de un pobre, responda “Deo gratias” o “Benedic” (‘Demos gracias a Dios’ o ‘Benedícite’). Y con toda la delicadeza que inspira el temor de Dios, cumpla prontamente el encargo con ardiente caridad.” (RB 66: 2-4).

Por lo tanto, las puertas del monasterio deben ser un lugar donde los sobrecargados, los desesperados, los indefensos y los errantes (o desamparados) puedan tocar y encontrar a alguien que les reciba con palabras amables, llenas de esperanzas como “BIENVENIDOS”, “AVE MARIA”, “SEA ALABADO JESUCRISTO”, en vez de ser dejados plantados en la puerta, horas y horas, o que cuando vean una persona sean alejados con palabras desalentadoras como aquellas escritas en las



puertas del “Infierno” de la Divina Comedia de Dante: “ABANDONEN LA ESPERANZA TODOS AQUELLOS QUE DESEEN ENTRAR AQUÍ”; en vez de “PAZ A TODOS LOS QUE ENTRAN EN ESTA CASA”. Debemos preguntarnos si acaso ¿Es nuestro monasterio una señal de esperanzas para nosotros mismos y para los demás? ¿Es la casa de un oblato un signo vivo de esperanza? ¿Es esta señal un anticipo del paraíso o del infierno?

3.5 El monasterio como lugar de oración

De cara a nuestra vida y a nuestra sociedad enfrentamos tristeza y alegría : debemos reconocer la existencia de una profunda tristeza en el mundo. Sin embargo, no demos permitir que esta tristeza absorba la alegría; al contrario, debemos hacer de modo que la alegría triunfe sobre la tristeza. En la resurrección de Jesús podemos ver como la alegría de este evento ha aniquilado la muerte y la tristeza (cfr. 1Corintios 15):

“La muerte ha sido devorada en la victoria. ¿ Oh muerte, dónde está tu victoria? ¿ Oh muerte, dónde está tu aguijón?... ¡Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo!” (1 Corintios 15: 54-55.57).

Una tercera parte de los Salmos son de lamentaciones. Tal vez esta ha sido una selección deliberada para enseñarnos como lamentarnos cuando estamos tristes. Al final de cada salmo de lamento hay siempre una alabanza. El Salmo 22 comienza con esta lamentación: “Dios mío, Dios mío...”; pero podemos constatar como del verso 23 en adelante cambia el tono: “Los que teméis al Señor alabadle... glorificadle” (Salmo 22: 24). El lamento ha sido sustituido con la alabanza. La tristeza superada con la alegría.

La frase de la Regla, “Dios mío, ven in mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo” (RB 18:1; dal Salmo 70: 2) demuestra como hasta el ‘Ora et Labora’ es una invitación a pasar del lamento a la alabanza.

Es así como el Monasterio se hace presente en este mundo creado por Dios. El alcance misionario de un Monasterio transmite esto al mundo y atrae a su vez al Monasterio los milagros que la alegría y la verdad han obrado en la vida del oblato y de tantas otras personas, con sus lamentos y alabanzas.

Conclusión

Por tanto, sólo aquellos puntos que conduzcan a un ministerio fructuoso deberán guiar nuestra vida monástica. El mundo necesita misionarios verdaderos, especialmente cuando el número de monjes y hermanas está disminuyendo en calidad y en cantidad. El oblato puede ser una valiosa ayuda para la evangelización, como la levadura en su propio hábitat.

La unidad: el ecumenismo entre las diferentes religiones y el fomento de la unidad y la caridad. Consolidar la fe con la erradicación de los conceptos erróneos de Dios y de los valores negativos de la cultura y la religión (i.e. hechicería), los cuales inculcan miedo en vez de esperanza y amor.

El oblato es necesario al monasterio y al mundo. Los monjes y las monjas deben ser conscientes de la presencia del oblato; por su parte el oblato debe asistir a los monjes rezando por las vocaciones y ofreciéndoles apoyo.